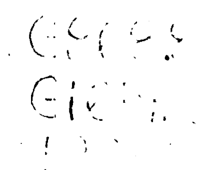
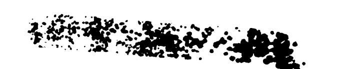








MEMORIAS

DE UN

SACRISTÁN



De esta obra
se han impreso ocho ejemplares
en papel de Japón
numerados del 1 al 8

JUAN AGUSTÍN GARCÍA

MEMORIAS

DE UN

SACRISTÁN

SEGUNDA EDICIÓN

Dibujos de CARLOS CLÉRICE



PARÍS

A. DONNAMETTE

30, RUE DES SAINTS-PÈRES

—

1908

Á P. GROUSSAC



En « momentos de ocio » me propuse describir el fenómeno religioso colonial. El fraile, el cura párroco y de reducciones, puestos en su mundo de santos y diablos, y en ese medio de razas mestizadas, eran temas tentadores. Quería dar el ambiente eclesiástico, peculiar del coloniaje porteño. El propósito, difícil y algo ambicioso, requería estudios é investigaciones demasiado vastas.

En su traslación á América, junto con las demás personalidades

del culto católico, Satanás sufrió cambios notables y una evidente degeneración física y moral. El contacto del Diablo europeo con los fetiches indios y negros, produjo los resultados de toda mezcla con razas inferiores ; la descendencia raquítica, simiesca, con todos los defectos de la raza noble, acentuados por la sangre villana. Nadie reconocería en Mandinga, Cozorizo ó Moncarrón, al formidable enemigo de Dios, al clásico espíritu que niega.

Para profundizar el tema, y estar en condiciones de escribir esa historia, necesitaba una competencia especial en las llamadas « ciencias ocultas » de la Edad Media ; estudiar todos los viajes, cuentos y sermones de los misioneros, crónicas, leyendas populares... Desistí de la tarea, y por aprovechar algunas rápidas

lecturas, escribo estas Memorias.

Así, este libro, como si fuera cosa seria, se basa en documentos originales y auténticos: narraciones de misioneros, expedientes judiciales, declaraciones de testigos eximios, escritos científicos de hombres doctos y graves. Vale decir que todos esos demonios, íncubos, súcubos, salamancas... existieron durante el siglo XVIII, como el virrey Ceballos, ó la guerra de los portugueses. ¡Por lo menos el historiador se sorprende de la abundancia y parecido de las pruebas!

Para la mayoría de los contemporáneos Mandinga, Moncarrón y Cozorizo, tuvieron una existencia tan real, como las fuerzas de la naturaleza en nuestra época. Presidían varias series de fenómenos morales y físicos, y, en cierto modo, eran dueños de la felici-

dad y desgracia. Así se explica su importancia, y el poder enorme de los hombres que los dominaban.

Ese mundo nos deja risueños. Hemos aprendido muchas cosas, en ciento cincuenta años. Y nuestro Universo de Leyes y Fuerzas es muy superior al de esas generaciones muertas. No obstante ambos son igualmente verdaderos, por haber vivido, merced á la fe, en las imaginaciones de los hombres!

Y si, por hipótesis, la ciencia descubriera la realidad de los seres sobrenaturales, Cozorizo, Moncarrón y Mandinga ocuparían inmediatemente un lugar distinguido en la historia colonial. No es presumible que eso suceda, pero conviene estar preparado para cualquier evento, con una sólida documentación!

J. A. G.



Soy cura de San Nicolás extramuros, parroquia de naturales, negros y algunas familias blancas, — á diez cuadras de la curia obispal, — rodeado de quintas y baldíos; calles de pantanos y hondas huellas de carretas.

Llegué en mayo del año próximo pasado de 170... junto con el señor obispo, de quien soy secretario y familiar, en la nave *Nuestra Señora de la Buena Esperanza.* Navegamos

cuatro meses con regular suerte, y desembarqué un día de sol y frío, entre salvas, repiques y procesiones.

Ese día me penetré de la importancia social y política de un obispo. Antes no reflexionara el caso, y mi intimidad con monseñor y su llaneza me ocultaban las vastas proporciones que dan los cargos públicos á los hombres.

Nos alojamos en San Francisco. Los frailes salieron en corporación á recibirnos, con las capuchas recogidas, sus rosarios de grandes cuentas colgados del cuello, y la cruz del misionero que se destaca nítida sobre sus pechos. Monseñor estaba risueño, las campanas alegraban las almas con sus repiques triunfales, y las sa-

lutaciones le daban buen humor. Me miró complacido y feliz. En tono afectuoso y suave me profetizaba una carrera de encantadora calma, la vejez plácida, haciendo el bien, moralizando estas gentes, como cura párroco y secretario familiar de su señoría.

Monseñor era algo mundano. Antiguo capellán de un regimiento de lanzas, sus correrías militares en la parte más culta y refinada de la Europa libertaron su espíritu de prejuicios, inspirándole cierta placentera indulgencia. Para ciertas flaquezas tenía la absolución pronta y era de inagotable bondad. Así, á su lado, dejaba la cara de beatitud ceremoniosa de mi condición social.

Algunas veces me reprochó mi fervor lacio.

— Raimundo, me decía, tú no rezas lo bastante.

— Mis cultos son fugitivos, le dije en cierta ocasión, mi pecado es la inconstancia. He recorrido todo el calendario con mis novenas. Según el momento y el estado de mi alma leo un capítulo distinto. Hay días en que busco lo simple, lo tierno, el perdón y la bondad. Entonces huyo del confesonario ; todas mis penitentas me parecen santas. Distribuyo las indulgencias con una generosidad de pecador. El Santo Oficio me condenaría á galeras por exceso de bondad. Un buen rayo de luz que besa los pies del Cristo penitenciario, la

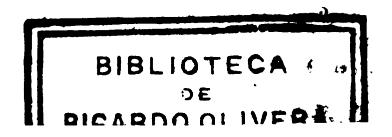
brisa de aire tibio que envuelve al reo y al juez, el olor de la tierra humedecida por la primavera, borran todas las faltas. En la periódica renovación de seres, Nuestro Señor entona las almas purificándolas. Así, comienzo por absolverme de todos mis pecados, con ligeras penitencias. No tengo la energía y la memoria del mal, de San Macario. El buen abate mató una pulga, y se desolaba por haber vengado esa injuria. Para castigarse permaneció seis meses desnudo en el desierto y su cuerpo se cubrió de llagas. Y después, agrega el cronista, se durmió en la paz del Señor, dejando el recuerdo de sus grandes virtudes. Busco los santos buenos, la acción

milagrosa que brota como el lirio, con toda sencillez y naturalidad. Así, San Hilario resucitó con sus ruegos á un niño muerto sin bautismo. Permaneció largo rato postrado, dice el biógrafo, orando. Al fin los dos se levantaron á un tiempo; el anciano, de su plegaria, y el niño, de la muerte. Es simple, conmovedor, de un admirable sentimiento. Desgraciadamente este santo incurrió en algunos rigores que alteran la suavidad de sus líneas. Temió que su hija Apia infringiera un voto de castidad, y rogó al Señor que se la llevara. Y así sucedió, y el santo enterró á su hija con sus propias manos. La crónica no dice si Apia era bella; debemos presu-

mirlo así, y además muy resignada.

— Ese milagro, observó su señoría, está inspirado en la epopeya griega, y es tan dulce y poético, como el episodio de Ifigenia. Así ocurre á menudo en las vidas de nuestros antiguos santos : la imaginación impregnada todavía de paganismo, transformaba los viejos episodios homéricos.

— Vuestra merced tiene razón, repliqué, la analogía es evidente, y el episodio clásico, más bello y conmovedor. El cronista cristiano apenas indica su personaje. La línea femenina es fugaz, obscura ; una dulce atracción fatal. Apia no pudo decir como Ifigenia : no quiero morir, Señor, porque es dulce ver la luz.



Debemos convenir en que nuestro culto de la muerte deviene arcaico. Imagino el angustioso misterio como el dulce fraile dominicano: á la media noche penetró una luz sobrenatural en el cuarto del agonizante; y se desvaneció poco á poco, llevándose el alma del santo... Para los grandes santos la muerte es una sensación suave, un « dulce sueño en el Señor »; expresión bella y justa, según un biógrafo, porque el santo no muere, duerme en la esperanza de la resurrección.

— En esta ciudad quieren demasiado la vida, observó su señoría, y el fugaz momento presente tiene un valor inestimable. Son sensuales, ligeros é imprevisores. La abundancia ha

transformado el temperamento español. El peninsular es triste, sombrío y trágico, porque vive rodeando el hambre, orillando el abismo de la miseria. El hambre es nuestro poema, el tema de nuestros ingenios, el blanco de todas sus ironías, el enemigo formidable que da proyecciones trágicas á todas las vidas. Aparte la grandeza y alguno que otro privilegiado, la masa del país sueña con un asado humeante. Caballeros y escuderos, curas y regulares, todos van cabizbajos con la preocupación del pan, razonando con buen humor y bellos gestos sus prolongados ayunos.

— « Ven acá mozo ¿qué comes? pregunta el hidalgo á su escudero,

« Yo lleguéme á él y mostréle el pan: tomóme él un pedazo de tres que eran, el mayor y más grande, y díjome:

— « Por mi vida que parece éste buen pan.

— « Y como agora, dije yo, ¿ señor es bueno?

— « Sí, á fe, contestó él ¿adónde le hubiste? ¿ es amasado de manos limpias?

— « No sé yo eso, le dije, más á mí no me pone asco el sabor de ello.

— « Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo.

« Y llevándole á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en el otro » (1). Y este diálogo

(1) *Lazarillo de Tormes.*

es una soberbia síntesis de nuestro carácter y de nuestra historia. Nos explica la parsimonia, el miedo de los negocios, sancionado por la moral aristocrática y por las leyes. En Madrid ponen su dínero en odres y van gastando poco á poco el capital. Prefieren comérselo ellos á que lo trague el inglés.

— En nuestra historia el inglés es un símbolo de todas las cualidades opuestas á nuestros defectos, dijo su señoría. En él encarnamos al demonio, signo de la herejía, de la audacia, del empuje irresistible, de la indisciplina moral y política.

— Nuestra religión, murmuré yo temeroso de incurrir en pecado, algo contribuye á la miseria moral de

nuestro pueblo. Amar la naturaleza y la vida es sospechoso. Yo me explico los terribles escrúpulos de los santos padres y su rigurosa disciplina. Hay peligro en la dulce contemplación de las cosas que viven. Si cuando Eva miraba la manzana alguien le hubiera dicho : no la mires, Eva, la preciosa fruta lleva un germen de muerte, la madre del género humano hubiera sonreido.

Mientras preparaba el despacho, discurríamos así plácidamente. Nuestra tarea era de suyo complicada. Interveníamos en todos los asuntos públicos y privados. Si corría la voz de que Juan tenía manceba, de « pan y manteles » sobre todo, con recato

llamábamos á Juan, y á solas le leía su excomunión. Si era de carácter rebelde, le recordaba el ceremonial de las públicas censuras. El domingo y fiestas de guardar cubriría la cruz de mi altar con un velo negro, encendería las candelas, y esparciendo gotas de agua bendita, pronunciaría en alta voz mis maldiciones. Y mis maldiciones, en abierta contradicción con mi carácter, eran trágicas, por derecho canónico:

— ¡ Malditos van los dichos excomulgados de Dios y su bendita madre !

— Amén, decía con voz muy natural mi negro esclavo ayudante.

— ¡ Huérfanos se vean sus hijos !

— Amén.

— El sol se les obscurezca de día y la luna de noche.

— Amén.

— Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien les haga.

— Amén.

— Las plagas que envió Dios sobre el reino de Egipto, vengan sobre ellos.

— Amén.

— Con las demás maldiciones del salmo *Deus laudem meam ne vacueris.*

— Amén, decía el negro, sin comprender, pero con el mismo aplomo.

En general Juan no resistía la lectura bien hecha, y con su insinua-

ción final de cárcel y ayuda del brazo laico. Se deshacía en promesas de enmienda, que aceptábamos, previo aviso á su esposa, para que cuidara mejor de su marido, y destierro ó prisión de la manceba. De esa manera restablecíamos el orden y la paz en las familias.

Debo advertir que tengo pocas excomuniones sobre mi conciencia. Su señoría fué mi cómplice, con más ó menos malicia, en muchos disimulos, que son pecado grave. Llegado el capítulo de las denuncias y anónimos, pretextaba cansancio; y yo jamás insistía. La fatiga del prelado era causa eximente de pena; y con ánimo alegre rompía los papelitos, en un vivo anhelo de universal per-

dón para todas las culpas ; una profunda lástima, contaminada de ilícita complacencia, de las pasiones humanas.





Una mañana me encontré con el comisario del Santo Oficio, don Francisco de los Ríos. Lleno de celo, como todos los inquisidores, me hablaba con exaltación de la inmoralidad del país.

— Mi predecesor, decía, era tan amigo de todos que á ninguno quería dar pena ; de esta bondad tomaron licencia muchos, para vivir con más libertad de la que el santo Evangelio permite. Ha habido y hay toda-

vía cosas graves de blasfemias, libertades grandes en hablar cosas que no entendían.

— Blasfemar sin intención ilícita, le observé, es una manera de acentuar la frase y darle relieve al pensamiento, muy propio de castellanos.

— Pero esos acentos y puntos huelen á herejía desde lejos, replicó algo enardecido.

Y conversamos de sus procesos. El más complicado era el de Martín Gil, ya en viaje para la cárcel de Lima, acusado de estos delitos muy graves :

1º Á un caballo recio lo llamaba Pedro ;

2º Los viernes y sábados comía carne ;

3º Cuando ve una Iglesia, la apunta con el dedo con muchos meneos y desprecios.

— Vuestra merced se molesta por poco, le observé, y es probable que el tribunal absuelva al reo.

Era un hombre á quien irritaba la contradicción, y yo vivo como el pez en el agua entre los dogmáticos. La vanidad de los temperamentos radicales me deja una idea risueña. Espero con calma la lección que dará seguramente la Vida, tan maliciosa; y ésa es toda mi venganza.

— El tribunal lo condenará á galeras, me replicó en tono absoluto, por esos hechos y por ser portugués.

Este último capítulo era el más

grave; los portugueses introducen el judaísmo y todas las herejías de Inglaterra. En cierta ocasión me decía el padre Monterroso, rector de la Compañía:

— Viene mucha gente huída, judíos de España y del Brasil. Pide remedio la facilidad con que entran y salen judíos en este puerto, sin que se pueda remediar, que como son todos portugueses, se encubren unos á otros. Yo estoy con muy gran cuidado y vigilancia y deseo que Nuestro Señor descubra en un tiempo algún camino para que se descubra algún judaísmo que está bien oculto en la ciudad.

— El padre Monterroso era muy murmurador. Insinuaba que los pa-

dres franciscanos y dominicanos los recogían en sus conventos. Algunas veces los casaban apresuradamente con hijas de la ciudad, para que gozaran los privilegios de vecinos.

— El rector, me dijo el comisario, habla bastante mal de los franciscanos y demás regulares; continuamente exhorta mi celo.

Y el padre Monterroso tenía razón. Los regulares han contribuído á este relajamiento moral de la ciudad. El primer escándalo lo dió ahora muchos años aquel padre Romano, que decía en un sermón:

— « Ya se pasó el tiempo en que Dios mandaba que si á uno le dieran una bofetada en un carrillo, volviese el otro; ¡ que quien á mí me enojare,

con el zapato le arrancaré el alma! »

— Ese fraile, me dijo el comisario, fué condenado á destierro perpetuo de estas provincias, por su vida deshonesta, y hasta hubo algo de apostasía.

— Y el más grave pecado de solicitación en el confesonario, murmuré yo con toda reserva y disimulo.

Y me despedí del inquisidor.



Necesitaba desahogarme con Su Señoría. Dos horas de plática con un inquisidor estrecho y egoísta me habían angustiado el alma.

Monseñor apuraba unos sabrosos mates de leche. Hablamos del padre Romano.

— Yo he leído su proceso, me dijo; era un bruto. Tenía todos los vicios: cruel, lascivo, arrogante y ambicioso. Desgraciadamente su tipo pulula en todas estas casas que reciben el

exceso de los conventos de España. Aquí sólo vienen los muy virtuosos, esos predestinados, temperamentos de apóstoles, que desembarcan y huyen á los bosques á convertir indios ; — ó los muy viciosos, que buscan una América cómoda, el clima tibio, la vida suave y ociosa, con todos sus peligros morales. Sin embargo, los señores del Santo Oficio son muy indulgentes con ellos ; se contentan con alguna retractación de una herejía inofensiva, y los condenan á un año de encierro en el convento de su orden, y prudente alejamiento del confesonario.

— En cambio le observé, los vecinos por mucho menos van á galeras ó al quemadero de Lima.

—¿ Recuerdas, Raimundo, me dijo con melancolía profunda, aquello del Evangelio de Nicodemo sobre la Misericordia? : un día el anciano Adán estaba enfermo y un hijo fué á las puertas del Paraíso y pidió aceite del árbol de la Misericordia para frotar el cuerpo de su padre y darle la salud. Y el Arcángel San Miguel le dijo : no obtendrás por lágrimas y ruegos ese aceite sino dentro de cinco mil quinientos años, es decir después de la pasión de Cristo. Pero otra crónica cuenta que el Arcángel le ofreció un ramo del árbol maravilloso. Y otra historia, en verdad apócrifa, dice que este árbol era el mismo que había ocasionado la falta de Adán. De modo que el peca-

do lleva en sí, por intrínseca virtud, el perdón.

— El comisario de los Ríos, le dije, debería leer estas cosas y meditarlas, para apaciguar su alma y llevar una vida más tranquila.

Y conversando sobre estas cosas, Monseñor me contó que el gobernador andaba con muchos nervios, é intranquilo. Para evitar la entrada de estos judíos portugueses, que abundan en la ciudad, visita todos los navíos. Días pasados sorprendió unos cuantos de estos pasajeros, y extremó sus rigores hasta pasearlos alrededor de la horca.

Y recordamos muchas cosas curiosas, que constan en las instrucciones

de nuestros predecesores. En 1609 se avisaba que en los navíos que salen de Lisboa traen libros é imágegenes en pipas, y dicen que vienen llenas de vino y sal. En 1629 se encontraron en la ribera cinco cuadernos : « todos de un tenor, de letra de molde, en lengua castellana, y que contenían cosas tocantes á nuestra fe católica y contra el rey nuestro señor, y con herejías opuestas á la Santidad del Sumo Pontífice y Majestad del rey ».

— Todas estas semillas perniciosas, dijo Monseñor, las traen los portugueses, según el padre Monterroso. Días pasados me informaba de que son muchos de ellos ricos y poderosos y muy inteligentes en todo

género de mercaderías y negros; y tienen correspondencia y negocios con otros del Perú, y es evidente, según el citado padre, que propagan sus malas doctrinas. Se ayudan entre sí y ponen en salvo sus haciendas por medio de sus compañeros judíos entrantes y salientes. Por los pueblos del Brasil se comunican con Francia y otras provincias enemigas de Su Majestad.

— Por eso, observé yo, se teme tanto la instalación de un Tribunal de la Fe en esta provincia.

Raimundo, me dijo Monseñor, entre serio y risueño, noto que te apasionan estos tópicos peligrosos. Las vecindades de la herejía son terribles, aun en simples conversacio-

nes. Piensa en la nariz judaizante, en la boca apretada, en el color bilioso del comisario del Santo Oficio.

Aunque dicho en tono de broma, sentí cierta turbación. Las cosas de la Iglesia me parecieron más tempestuosas. Cada artículo de moral, cada regla de disciplina podía implicar un drama, y hasta la tragedia. Volví á ver en mi imaginación á don Francisco, y me quedé pensativo.

— En la vida religiosa el silencio es oro, me dijo Monseñor, saboreando un último mate.





Juana Gutiérrez se confesó ayer con el padre Monterroso. « Su marido Lorenzo, negro liberto, la expulsó de su casa con violencia y sin darle ropa, ni cosa alguna, para estar más á salvo en la ilícita amistad que mantiene con Rita, mulata de nación portuguesa, esclava... » ; me escribe el padre en un papel de hilo fino, con su letra enérgica y nítida.

Rita era de mi feligresía. Esclava de Bartolo Alquilazed, naviero del Río

de la Plata, con permiso hasta Montevideo. Bonita, cuerpo lleno, cara redonda, piel suave de cuarterona y bastante blanca; ojos muy bellos, lascivos y alegres. Me alborotaba la parroquia, y hube de acudir á remedios extremos para evitar escándalos mayores.

En las fiestas de San Juan sólo se oían los requiebros, y en todas las cedulillas del barrio las alusiones á Rita.

— ¡ Rita, eres delgadita !

— ¡ Rita, todas las damas quieren rosas ! ¿ te dará ésta en el pico?

— ¡ Rita, bonito chasco si no me llamas !

— ¡ Rita, uno se apuntó y sacó la soga ! ¿ te acuerdas? Éste se refería á un drama de celos que casi termina en la horca.

Solía encontrarla por las tardes á su regreso del río, con su atado de ropa sobre la cabeza, los pies desnudos, y la piel húmeda del prolongado baño.

— Rita, le dije, una vez, tú debes estar endemoniada.

— ¿ Parece ? me replicó, algo asustada ; porque estas cosas de hechizos son peligrosas ; más bien diga ya su merced en gracia de Dios. Ayer me confesé con un predicador de la Recoleta, y esta mañana su merced misma me dió la comunión.

— Sí, le dije, pero en la puerta te esperaba Lorenzo, negro, y en la esquina, Francés el pulpero, y entraste con los dos en la pulpería. Cosa

grave, Rita, después de comulgar.

Al hablarle de hechizos y demonios, no inventaba. Algunas beatas de edad circulaban esas voces, y algo me insinuó el comisario con motivo de este aviso del padre Monterroso.

— Endemoniada no me parece — le observé con toda seriedad; — esa muchacha tiene demasiado buen humor, y es sabido que los diablos asustan á sus víctimas y las dejan entristecidas; en cambio los ángeles tranquilizan á los que se sorprenden de sus apariciones.

— El poder del demonio es enorme, me dijo don Francisco; y así puede inspirar la más loca alegría como fúnebres tristezas.

— Sólo por excepción es alegre el

diablo, — insistí yo; — todos los autores, incluyendo al mismo santo Tomás, Bartholo y Suárez, están contestes en los tormentos de los maleficiados. Recuerde el caso reciente de Luis Ciroll, que no podía soportar á su mujer, no obstante sus bellas virtudes, por un maleficio. Fray José, el famoso dominico, procuró exorcizarla. Y le ordenó que continuase viviendo con ella dos años y seis meses, ejercitándose frecuentemente en obras pías, oraciones, confesiones y comuniones; género de vida que acortó sus días y no amenizó su melancólica existencia. Y piense vuestra merced que era un demonio travieso, pues al poco tiempo de morir la víctima, ella se casó, y no ha vuelto á

intervenir el misterio en sus destinos.

El comisario me oía con visible disgusto, deseaba sumariar á Rita.

— De todas maneras, me dijo despidiéndose, la verdad se abrirá camino, y si es buena cristiana é inocente, pronto lo sabremos.

No creía en la malicia de Rita. Sus pecados eran sin intención, debidos á su ligereza de carácter, y á su dependencia del naviero. Deseaba ser libre, pero en un porvenir lejano y confuso, un vago sueño fantástico. Mientras tanto se contentaba con cambiar de amo ; alguno más radicado en la ciudad, á quien no le fuera

fácil embarcarla para la otra banda, ó su país de origen.

Supe estos detalles por su confesión. Una tarde se acercó contrita; los rumores de que la vigilábamos la asustarían. Venía mascando flores; hinojos, violetas y jazmines; porque sus palabras llegaban entre respiros perfumados de fresca menta. El peligro está en la voz; la cara no se ve. La voz se matiza según las impresiones. Llega dolorosa y arrullante al narrar la tentación amable rechazada con pena; apagada y entre sollozos en el pecado irreparable: ¡ fué un olvido! ¡ un momento! ¡ una locura!

— ¡ El señor es tan misericordioso! decía yo también contrito, y su-

friendo al unísono de esa cadencia armoniosa, llena de la santa angustia del amor humano.

Esa misma noche puse al corriente á su señoría de todas estas cosas. Hablamos de tantas grandes pecadoras convertidas, sin procesos ni inquisidores, adoradas como ejemplos de virtud rara. La gracia es un movimiento interior y espontáneo del alma, lleno de delicadeza y sinceridad. Cualquier presión artificial ó brusca la quiebra y la marchita. Los grandes místicos como los grandes artistas buscan su ambiente, algo alejado de la banalidad del mundo exterior. Lo crean dentro de su alma, y allí en esa atmósfera propicia brota la

flor de genio, que seducirá todas las simpatías.

— Estas persecuciones, me decía monseñor, no tienen relación con la gracia, son cosas de política eclesiástica. El pecado más peligroso es el de la carne; por eso la Iglesia es tan rigurosa con los débiles y glorifica á los que resisten. Así, la principal gloria de San León no es el episodio de Atila. Un día celebraba la misa en Santa María la Mayor y daba la comunión á los fieles, y una mujer besó su mano, sugeriéndole una vehemente tentación carnal. Y el hombre del señor se castigó con la mayor severidad amputándose en secreto la mano que causara el escándalo.

— Á fuerza de exagerar estos procedimientos, le observé, concluiremos por ser odiados. Ayer el comisario y provisor apercibieron al cura de San Isidro porque tolera algún concubinato. Hace poco se sacó á una huérfana de casa de su familia, y la depositaron en hogar modesto, en carácter de sirvienta, con prohibición de salir á la calle y asomarse á la puerta, todo pena de cárcel. Y se ordenó al marido de Petrona Rodríguez, sospechado de adulterio, que le pusiese grillos y le aplicase cincuenta azotes.

— Y el provisor, me interrumpió su señoría muy risueño, está empeñado en que Rita tiene hechizo y ocasiona daños y perturbaciones.

Tiene ojos llenos de vivacidad, dice, y penetran como dardos; signos muy sospechosos de frecuentación de íncubos, según los mejores autores. Para apartar estos brujos, su Majestad don Felipe empleaba una campanillita. Y el Santo Oficio los quemaba ó los paseaba atados á la cola de un burro, revestidos con mitras de papeles de colores.

Esta diferencia de suplicios demostraba alguna ligereza en el criterio penal del Santo Oficio.

Teníamos á despacho muchas causas más interesantes que la de Rita, para distraer el celo de nuestro comisario. La de un vecino de Tucumán acusado de haber dicho : reniego de la fe que tengo, reniego de la leche

que mamé, si no se hace lo que mande el gobernador. —El hecho es bastante grave, digno de galeras por lo menos. Pero hay algo más, que nos acerca á la horca ó quemadero : ese mismo hombre debe ser un judaizante; ha pronunciado esto que ya es blasfemia : si tuviese dos mandamientos, uno de Dios y otro del gobernador, respetaría antes el del gobernador.

Monseñor, siempre risueño, observó que la mayoría de los hombres respetan al gobernador con preferencia á Jesús. Hace tantas generaciones que la feliz circunstancia se repite, que forma parte de la moral corriente. Y busqué algún pecado más grave para distraer á don Francisco.

— ¿ Y la causa del capitán González, le dije, gobernador interino, acusado de muchas herejías y proposiciones ilícitas ? : « que si vivieran en una república un herrero y un clérigo, habiendo de desterrar á uno de ellos, preferiría desterrar al sacerdote; que hacía más servicios á Dios en hacer mestizos que el pecado que en ello se cometía ».

— Esa causa es vieja, Raimundo, me dijo su señoría, y el capitán muerto, enterrado y consumido. Se le condenó á prisión, y una vez cumplida, á oir la misa mayor parroquial, estando desde el principio hasta el fin, de pie, y descubierta la cabeza : con una vela encendida en la mano, y al tiempo de las

ofrendas diga en voz alta las proposiciones condenadas y que le oigan todos los que están dentro de dicha iglesia...

Con gran sorpresa encontraba cierta resistencia blanda en su señoría. No quise insistir, y regresé algo inquieto á mi iglesia. Su señoría me había hablado con sinceridad aparente, por lo menos, de íncubos y hechizos; de las campanillas del rey don Felipe...

Más de una vez durante nuestro largo viaje, habíamos conversado francamente del mundo de lo extraordinario y maravilloso. Un fraile muy ilustrado de Florencia, me contaba una tarde su señoría en la cal-

ma ecuatorial, me demostraba la decadencia del milagro y de lo sobrenatural en ciertos pueblos. Así, compara la ingenua sencillez de los santos primitivos, su nota maravillosa, simple, fácil, llena de un candor virginal, con la magia burda de nuestro siglo. Ultimamente, unos padres dominicos de Vilila, sobre el Ebro, me mostraron una campana de diez brazadas de diámetro, y el prior me decía, sin malicia alguna : ocurre que suena sola ; primero da un golpe, y después repica á todo vuelo día y noche, anunciando desgracias. Se la oyó en la muerte de Carlos V, y en la partida de don Sebastián para África, en la agonía de Felipe II y en la muerte de su tercera esposa. Y en el

convento dominico de Córdoba hay una que suena á la muerte de cada religiosa.

Y santo Domingo de Nájera, continuó el prior con entusiasmo, tiene también su milagro: una jaula de gallinas maravillosas cuyo origen es el siguiente: Un ajusticiado, colgado de la horca desde muchos años, para escarmiento de bandoleros, llamó á gritos á un transeunte rogándole que interviniera con un corregidor, para explicarle el error de sus jueces. El corregidor era incrédulo, rayano en la herejía, y respondió que creería el milagro si resucitaba un pollo asado que le servían en ese momento. En el acto el animal se paró y cantó, y el corregidor corrió á salvar al

ahorcado ; y ese pollo fué el padre de las milagrosas gallinas. Todo esto es vulgar, de una pobreza de invención tan grande, que, de ser cierto, nos haría dudar de la inteligencia de Dios, me dijo Monseñor al terminar su historia, y en voz bajita, mientras mirábamos sumergirse el sol en el océano. Junto á ese milagro de luz y color, la historia de la campana y del ahorcado hacían un triste papel.





Ayer fué día de remate ; lo presenciamos con Monseñor. Á las nueve salió del asiento negrero del Retiro la teoría de esclavos, casi todos de nación Bengala, en rumbo á la plaza Mayor, donde debía efectuarse la subasta pública. Eran cuarenta y cinco piezas de sensación, con diez crías, confiscadas al señor Obispo de Tucumán, que pretendió introducirlas, á pesar de las cédulas prohibiti-

vas, en la nave *Nuestra Señora de la Batalla.*

— Raro nombre para la Virgen, murmuré al oído de Su Señoría.

El redoble de la caja nos impedía conversar. El indio Pascual gritaba de tiempo en tiempo con voz aguda :

— ¿ Quién quiere comprar cuarenta y cinco piezas de esclavos negros y negras de nación Bengala, con diez crías, que el señor gobernador ha condenado por perdidas al maestre del navío *Nuestra Señora de la Batalla* ?

Las piezas se agruparon silenciosas frente al Cabildo, estrechándose como si buscaran mutuo apoyo. Abrían los ojos con una expresión de sorpresa y miedo. Un rebaño cons-

ciente de la gravedad del momento, penetrado de su destino implacable. Tal vez alguno esperaba el sacrificio. En su selva originaria se alineaban los prisioneros y el sacrificador procedía. Cinco meses antes análoga escena se representó en la costa de Angola; — los conquistadores Mandingas los formaron en fila para entregarlos al naviero blanco. Por eso Mandinga se identifica en su mente con el diablo. En mis primeras lecciones de doctrina les hablaba del infierno, un infierno mío, atenuado, con un fuego lento que apenas quemaba, un Demonio más travieso que perverso, pero siempre espíritu del mal, y me decían señalando una pintura horrible de las ánimas que

adornaba la sacristía : ¡ Mandinga !

Monseñor, que era de espíritu ladino, había observado las transformaciones del demonio en estos países.

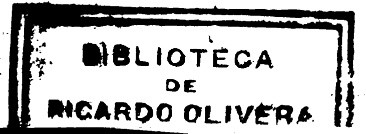
— Es un personaje complejo, me decía mentras mirábamos á los esclavos, una rara mezcla de cuentos españoles, tradiciones indias y africanas, En ciertas partes es enamorado, caballeresco, valiente y guitarrero ; un gaucho fantástico que jamás yerra en su bordona ; travieso y malicioso, en síntesis, una exageración de las cualidades y defectos de su medio creador. En las familias pudientes la imaginación negra colorea á Satanás...

— No se vive impune en contacto diario con esclavos, le dije, el in-

tercambio moral produce sus irremisibles efectos, y la inteligencia y los sentimientos blancos se matizan. Así, el Diablo se está convirtiendo en un vulgar negro bandido, y en lugar de exorcismos, habrá que emplear el látigo para ahuyentarlo.

— Ese Demonio, interrumpió Monseñor, tiene su utilidad moral. Autor único de todas las enfermedades, dolores y desgracias de la vida, engendra la escrupulosidad de conciencia; — por eso nos confiesan con tanto dolor hasta las faltas menudas.

— Pero nosotros lo fomentamos demasiado, le repliqué, y se corre el riesgo de formar un pueblo de incrédulos, que se ría de santos y diablos. Así, recuerde la historia del caballo



del padre Roque, misionero franciscano muerto en olor de santidad. El cacique Tambaré, dice la crónica, se llevó el caballo del santo. Y el animal, como si tuviera entendimiento, no quería comer, ni se apartaba de la casa en que los indios se juntaban á beber, y festejar lo que habían hecho, y tratar de la muerte del padre. Y el animal daba temerosos relinchos, y los indios salían á verle y por mofa y burla le decían ; ¡ hace sentimiento por Roque, su amo, desdichado ! El caballo lloraba y derramaba copiosas lágrimas, como si fuera una persona. La ironía de los indios es simple : repetían el nombre de Roque para divertirse con aquellos gruesos hilos de lágrimas ; y lo

montaban revestidos con la sotana del santo. Y por fin, después de haberse entretenido varios días, lo flecharon y mataron.

En esos momentos cruzaba la plaza el naviero Alquilazed con su esclava Rita, una nueva pieza en la venta de ese día. Bien puesta y mejor plantada, con una bata colorada, regalo de su ama, el aire alegre, los ojos llenos de vivacidad, signo de frecuentación de íncubos, según decía el inquisidor don Francisco, la cuarterona llenaba la calle con su gracia y donaire. La melancolía de la escena se suavizó con ese poco de amorosa juventud. Y el señor Obispo, el alguacil, el depositario

Léon y el mismo alcalde se pusieron risueños.

— ¿ Quién te compra? pregunté despacito á mi penitenta.

— El que no me conozca, replicó con cierta insolencia, aunque sin malicia.

— Lorenzo el negro, ó Francés el pulpero, le dije ; ten cuidado con el Santo Oficio.

Pascual, el indio ladino, me interrumpió con un redoble, anunciando el segundo pregón. Por la esquina aparecieron Lorenzo el negro y Francés el pulpero. Y el indio decía :

— ¿ Quién quiere comprar cuarenta y cinco piezas de esclavos negros y negras, de nación Bengala, con diez crías que el señor gobernador

ha condenado por perdidas al maestre del navío *Nuestra Señora de la Batalla* ; y una esclava cuarterona de veinte años, nación portuguesa ? ; y póngalas su precio, que se han de rematar al fin de tres pregones...

Los concurrentes se paseaban analizando las piezas con toda prolijidad. Los negros eran flacos, de aspecto débil y enfermizo. Había demasiada alea en el negocio. En la última semana murieron unos cuantos de estos esclavos, de pulmonía y fiebres pútridas. Á mis feligreses no les gusta el riesgo sino en la guerra ; colocan su dinero en lugar seguro, y sin apurarse, á interés usurario. Van y vienen masticando

números, entre cálculos y probabilidades, y piensan :

— Aquél para tirar agua del pozo grande, no parece muy listo, pero el petizo es manso y aprenderá...

— Aquélla para los chicos ; tiene cara bondadosa. Volveré con Claudia para que elija.

Los más temibles son los que viven de sus inteligencias, observaba Monseñor ; los prestamistas é industriales que compran esclavos para explotar metódicamente su trabajo, haciendo una ruidosa competencia á los vecinos artesanos.

— Cien pesos me dan, dijo el pregonero, por esta pieza cuarterona de nación portuguesa ; si hay alguna persona que quiera pujar, parezca.

— Cuarenta pesos me dan, continuó, por cada una de estas piezas de esclavos negros y negras, con diez crías...

El remate era lento; á veces se tardaba una semana, á puja por día, en plácida calma. Lorenzo se acercó al alguacil y le habló en voz baja, y el pregonero, previo redoble, dijo:

— Ciento cincuenta pesos me dan por esta pieza cuarterona.

Confundida entre los demás esclavos la cuarterona se había entristecido. Mi recuerdo del Santo Oficio la impresionaba. Al caer la tarde el pregronero la llamó para entregarla á Francés el pulpero, su nuevo dueño y le dijo:

— ¡ Que buena, que buena pro le haga !

Yo sabía que al toque de ánimas vendría á mi confesonario, contrita, estremecida; vibrante de amor y miedo.





Al obscurecer se deslizaba por la nave. Se arrodilló contrita, estremecida, vibrante. Ardían dos cirios en el altar de Nuestra Señora de los Desamparados, de la cofradía y hermandad de los negros y esclavos de San Benito. De la calle, y junto con la brisa del campo, entraban los ruidos de la ciudad : relinchos de animales que volvían á la querencia, aullar de perros, canto de gallos y gallinas ; el gemir de la carreta que pujaba en el pantano. Estaba triste

y nostálgico, condenado á vivir entre negros, indios y mestizos, á conversar de Moncarrón y Cozorizo, de los disimulos y contrabandos del gobernador y sus amigos ; esto último en voz baja...

La cuarterona interrumpió oportunamente este cuarto de hora de tristeza.

— Tú frecuentas los íncubos, le dije, riéndome.

— Padre, me contestó toda afligida, el diablo Cozorizo me visita en sueños hace varias noches.

— ¿ No tiene recelos ese Cozorizo de nuestro comisario terrible? le pregunté.

— Creo que sí, me dijo, porque está triste ; dice que viene un enemi-

go suyo jurado que le había desterrado de estos países.

— Cozorizo es un diablo indio, le observé, muy travieso é hipócrita.

— Anoche, prosiguió, mientras desvelada é inquieta pensaba en la venta de hoy, me sorprendió un copioso llanto y Cozorizo decía, como compadeciéndose de sí mismo :¿ que adónde iría en partiéndose de allí?

— ¿Dónde conociste á ese demonio? le pregunté yo intrigado.

— En una Salamanca, me contestó, por los altos de la Recolección franciscana. Una noche, al pasar bajo las barrancas, las luces malas revolotearon, y en procesión siniestra entraban y salían de las hendiduras del suelo. Y me pareció oir palmo-

teos y gritos del fondo de los zanjones. El padre Marco me había contado estas cosas de brujos y demonios.

— La ronda alrededor del tacho, continué yo, en el que hierven sapos, lenguas de perros que ladraron á la luna, ojos de iguanas, alas de vampiros... Y entonces Rita rendiste tu alma á Cozorizo por un poco de felicidad.

— Fué mi desgracia, me dijo ; todas las noches cuando me acuesto, en mi lona bajo los árboles, una brisa tibia me acaricia y estremece, hasta que me duermo en un desvanecimiento dulce y suave ; mientras ligeros soplos perfumados me refrescan la cara, como si me rozaran con un copo del más fino algodón.

— Y ¿ por qué no invocas á San Antonio ó rezas rápidamente un Ave para librarte del diablo? le pregunté.

— La primera vez, me contestó, yo grité : Jesucristo, Señor Nuestro, vos sois mi padre. Y una voz angélica murmuraba á mi oído : nada temas, yo te quiero bien ; admiro tu belleza y mi mejor deseo es gozar de tus abrazos. Entonces pensé : María Santísima, vos Señora sois mi madre. Y estalló un terrible trueno en medio del aire, estando el cielo serenísimo, y tras él se despidió un rayo que vino á dar á mis pies. Y me desvanecí llena de susto y de pavor, y lloré amargamente mi pecado. Con el rosario en la mano imploraba la misericordia y piedad divinas, pro-

metiendo ser totalmente otra en adelante.

— Y ¿qué hizo el diablo entonces? le pregunté afligido.

— Cozorizo, padre, me dijo, tiene mal genio y es empecinado. Volvió con toda su soberbia ofendida y se echó sobre mí con una fiera tempestad de muchos y crueles golpes; me pisó, hirió y maltrató tanto, que arrojé por la boca gran copia de sangre. Un amigo compadecido me aconsejó que mostrase algún respeto á los demonios, y les diese gusto. ¿Es pecado de herejía? padre, me preguntó al terminar su confesión: ¿me condenarán á la horca ó á la hoguera?

Y su voz suplicante me llegaba co-

mo el eco de un voluptuoso estremecimiento.

Aquella tarde todos los íncubos, súcubos y duendes se habían apoderado de mi iglesia, y el aire de la pampa no era suficiente para sanear la atmósfera. Mañana haré exorcismos, — pensé rápidamente, — esparciré agua bendita : y con la ayuda de unas reliquias milagrosas, plegarias, cilicios, y una novena á Santa Pelagia, volveré á la gracia del señor.

— Rita, le dije, lo grave es el pacto con Cozorizo. Lo demás es pecado de incontinencia, pero no de impiedad. Promete á San Bernardino, apóstol muy eficaz en estos casos, que llevarás un año el hábito

gris con cuerda, de los hermanos menores de San Francisco. No te acuestes bajo los árboles, la brisa primaveral es mala consejera, y aplícate disciplina con varas de mimbre, castigando sin piedad donde acarició el diablo. Y reza muchos rezos, Rita, paters, aves y contriciones. Después de un rato de disciplina, el rosario es muy provechoso, calma los nervios y tranquiliza los sentidos.





El Prior de la Recolección, Fray Agustín de Morales, era una persona discreta, bóndadosa y algo ingenua. Muy amigo mío, con gran buena fe me incitaba á la vida misionera. Creía reducirme con una perspectiva de redención de gentiles, apostolado, y si acaso el martirio final. Sus pláticas eran insinuantes, sus ejemplos bellos y entusiastas. Así, el padre Lucas, sintiéndose mortalmente herido, pidió al neófito que lo dejase.

Arrodillado ante un Crucifijo ofreció la sangre que derramaba por sus mismos matadores. Y recostando su cabeza deshecha sobre la hierba se durmió en la paz del Señor.

Desgraciadamente para mi dudosa beatificación, los negros é indios me divierten, pero no me interesan, y no me seduce la idea de morir estropeado en aras de sus almas inferiores. Fray Agustín no comprendía mi estado de espíritu y continuaba con su padre Lucas. El prior era inteligente, pero sin malicia.

Y le hablé del caso de Rita.

— ¿ Vuestra merced cree en los íncubos? le pregunté.

— Es opinión general, me dijo, confirmada por testimonios directos

é indirectos de personas dignas de fe, que los Silvanos y Faunos, vulgarmente llamados íncubos, á menudo atormentan á las mujeres solicitándolas. Hay demonios llamados por los galos *lutins*, que se entregan regularmente á esas prácticas impuras. Esto és atestiguado por autoridades tan numerosas y graves, que habría imprudencia en negarlo.

— Y ¿ qué remedio aconseja á sus hijos de confesión, afligidos por esos duendes?.le pregunté.

— Son cosas difíciles, Raimundo, me dijo, porque estos diablos se ríen de los exorcismos. Pronunciando los nombres de Jesús y María, ó algunos versículos del Evangelio, tocando ciertas reliquias como el Madero

de la Cruz ó las Santas Imágenes, braman furiosos en la boca del poseído, — pero continúan sus vejaciones. Son los demonios más difíciles de ahuyentar; llenos de astucias, y audaces, muy audaces.

— Pero estos demonios, le observé, son muy parecidos á los hombres.

— El demonio, me dijo, cuando no se une con brujos á quienes impone determinados actos de sumisión, y marca con su garra, es un enamorado vulgar y tiene el deseo de poseer la persona amada.

— Los hijos de estas uniones horribles, le pregunté, ¿ serán monstruos?

— Los íncubos, me contestó,

tienen hijos grandes, robustos, audaces, soberbios y muy malos. Así, Rómulo, Platón, Alejandro, César, y el execrable Martín Lutero, fueron de sus crías...

El excelente Prior raciocinaba siempre así, en falso, con sus súcubos, íncubos y duendes. No obstante era uno de los directores morales de la ciudad, junto con el inquisidor del Río, el padre Monterroso, rector de los jesuítas, el guardián de San Francisco y Monseñor. Sus opiniones eran como artículos de fe en todas las materias. Hacían y deshacían las personalidades por simple contacto, verdadero hechizo de íncubos. Por suerte nunca mar-

charon de acuerdo; si no el terrible areópago habría ejercido una sofocante dictadura. Entre al padre Monterroso y el padre guardián la oposición era evidente, y muchas veces, — me permitiré decirlo, — escandalosa, porque discutían y zarandeaban, en el enojo de la disputa, el dogma y la moral. En filosofía y teología fueron siempre adversarios irreconciliables, nominalista el uno y realista el otro. El padre del Río era algo intransigente. Partidario de los universales habría quemado á los que negaban la realidad del sér y de las substancias, junto con los judíos, judaizantes, brujos y demás herejes. Monseñor no tenía opiniones muy fijas, y oscilaba en-

tre el realismo, conceptualismo y nominalismo, según el interlocutor. Los judíos, heréticos, judaizantes y poseídos lo dejaban en la más perfecta calma. Excuso decir que mis simpatías iban con el bando obispal, no sólo por razones de amistad y dependencia, sino por convicción profunda. Un hombre sin opiniones es siempre encantador.





Ha regresado Monseñor de un viaje de inspección, con gran contento mío. En general las iglesias están bien cuidadas y los curas cumplen honestamente con sus deberes. Así, su señoría vuelve satisfecho del estado de la grey.

También visitamos los conventos de la ciudad. Las madres catalinas se quejan de su pobreza; los usufructuarios de las dotes no pagan los

cánones. Además, por mucho repicar se quebraron dos campanas chicas, y es un convento silencioso. La madre priora está en trato con el fundidor, y pide al gobierno un cañón viejo de bronce, pagadero en misas.

Los frailes franciscanos continúan en sus diferencias con los padres de la compañía. Hay emulaciones filosóficas y una discreta rivalidad por el predominio social. Los padres triunfan porque son los más hábiles y usan con tino de sus riquezas. Además dan cierto barniz aristocrático, muy apreciado, á sus penitentes y partidarios, y se logran adelantamientos temporales y deseados matrimonios.

En el concepto de Monseñor abusan de su poder: son muy exclusivos y absorbentes. En sus murmuraciones de los regulares el padre Monterroso raya en la imprudencia: llama piojosos á los franciscanos, y necios y perdidos á los dominicos y mercedarios.

Nuestro predecesor fué muy condescendiente con los jesuítas. Este mismo padre rector le hizo publicar un auto prohibiendo que los regulares confesaran religiosas, excepto los padres de la compañía. Y personas muy serias me aseguran, que un padre grave hacía el ademán de sacudir el polvo del confesonario, dejando entender á las simples monjas cosas muy complicadas.

Recuerdo que, recién desembarcados, nos decía el padre rector refiriéndose á los conventos:

— ¡ Tengo dos preciosos relicarios !

Y fray Agustín nos contaba que tenían á las religiosas en tiránica subordinación, empalagadas con sus aumentos temporales.

— Hasta por las calles, — decía el prior, — hacen vana ostentación esos confesores; como que para monjas ¡solamente ellos!

Su señoría está algo preocupado. Las Catalinas introdujeron unas esquelas bajo los guantes que llevaba en el sombrero, y le pedían confesores extraordinarios. Alguna, más enérgica y audaz, lo cita ante el Tri-

bunal de Dios si no socorre su extrema necesidad, convencida en su escrupulosa conciencia de que comulga y confiesa sacrílegamente. Las misivas revelan un sentimiento muy sincero é intenso, y una ingenuidad encantadora. Felizmente el Concilio de Trento previene el caso, y Su Santidad Benedicto XIV, en su grave y apostólica constitución, manda el nombramiento de confesores extraordinarios. Se extendió el decreto designando á dos padres maestros jubilados de la Merced, y en el día avisaba á las religiosas.

Las últimas elecciones de Santo Domingo fueron reñidas. El padre Neyra tenía numerosos amigos.

Acababa de llegar de su segundo viaje á Europa, y había prestado importantes servicios á la comunidad. Era partidario de traer lectores españoles para fomentar los estudios. Su rival, el padre Garay, era fuerte y guapo, con mucho prestigio entre los soldados del presidio, muy devotos de este convento por la cofradía de Nuestra Señora del Rosario. El padre provincial resultó también enemigo de Neyra, y juntos lo derrotaron por muchos votos. Y el padre Neyra hubo de refugiarse con sus papeles y teorías en el convento de Córdoba, huyendo de sus vejaciones. Hay mucho espíritu en este claustro y se disputan con ardor los cargos.

Los soldados hicieron una manifestación de aprecio al padre Garay. Están muy vinculados con los predicadores. En su claustro se entierra á los individuos de la guarnición, pagándose mil pesos por año. Durante el gobierno del señor Robles, hubo un entredicho á propósito de un sermón impertinente. Y se prohibió que ningún soldado, ni sus mujeres é hijos, pudiesen elegir sepultura en dicha iglesia, ni celebrar la fiesta de su cofradía del Rosario. Ese mismo Robles puso presos en el cuerpo de guardia á veinte religiosos menores, cuatro carmelitas y seis clérigos que habían aportado del Brasil, en busca de órdenes.

El padre Neyra es benévolo, con

ambiciones y muy vanidoso. Se hizo representar en un cuadro, de rodillas ante Su Santidad Benedicto, en actitud de presentarle un memorial. Durante su gobierno el cuadro estuvo en la sacristía del convento : pero su sucesor llamó á un artista que borrase el rostro de Neyra, pues lo impacientaba. Y el pintor transformó al distinguido fraile en una gruesa columna.

El padre Neyra era filósofo, y por lo tanto resignado, y esperó. Esperó viajando por Inglaterra y España. Á su regreso « tuvo el singularísimo gozo de saber que acababa de celebrarse ea Córdoba el capítulo general, y elegídose al maestro fray Domingo Pizarro, su amigo íntimo.

Fué recibido por el provincial y el pueblo alborozado. Y se le encargó la regencia de los estudios ». Y el padre Neyra no quiso que se borrara la columna, para ejemplo y discreta enseñanza.





Despachados estos asuntos, hablé con Monseñor de la cuarterona, y le referí mi conversación con Fray Agustín.

Estas cosas de íncubos y súcubos le hacen mucha gracia á Su Señoría. Yo le observaba la utilidad del demonio, su papel histórico en la conversión del mundo antiguo, y en el afinamiento de la conciencia. Si las monjitas pedían desesperadas confesores extraordinarios era por miedo

de Cozorizo. Sin su ayuda, habría sido muy difícil dominar á los indios. El misionero empieza por mostrarlo como único autor de todas las desgracias y dolores ; y después enseña al salvaje impresionado la Cruz, el remedio admirable : calma deliciosa del espíritu y del cuerpo.

— Así, observaba Monseñor, los demonios estarían siempre en nosotros, son los nombres de nuestras malas pasiones, de la sensualidad y lascivia que alteran el cuerpo : íncubos, súcubos, murmuró, simples palabras, símbolos de la flaqueza humana.

Y continuamos disertando sobre este tópico interesante, y de gran importancia social. Nuestro comisa-

rio del Río está convencido de las existencias demoníacas. Describe al diablo como un personaje de gesto picaresco, sonrisa maligna, traje de color rojizo, algo tenebroso. Es el Lucifer enemigo de las misiones franciscanas. El padre Bolaños, de esa orden, muerto en olor de santidad, pasó su vida extirpando hechiceros y ministros de Satanás. En su concepto la existencia luciferiana no es puramente ideal, es real, como la de Dios. Nuestro Señor le concedió la « bilocación », y pudo asistir desde su celda en Buenos Aires á un conciliábulo diabólico en el Paraguay. Sin embargo, sus milagros no son interesantes : les falta la ingenuidad, ese ambiente simple é infantil

del prodigio primitivo. Así, cuenta el cronista : una vez persiguió á un tigre hasta su guarida, reclamándole su breviario, que el animal le robara con toda audacia. Y el tigre, sumiso, se dejó enlazar, y el breviario milagroso se conserva en la biblioteca del convento.

Según el comisario del Río, el padre Bolaños dominaba la naturaleza. Las aguas del Paraná respetaron la orla de su sayal en una larga travesía. Y en cierta ocasión, el fuego de los pastizales de la Pampa se desvió al tocar su hábito, salvándose la caravana que lo acompañaba. Y los animales vacunos aparecían en el lugar preciso y en la oportunidad necesaria para reponer fuerzas extenuadas.

Este padre goza de gran prestigio en la ciudad, y son muy numerosos los visitantes de su sepulcro. Nunca dormía en cama, dice un cronista, sino en una estera, con una piedra por cabecera; y otras veces arrimado á la pared. En las reducciones se desnudaba en carnes para que los mosquitos le picasen. Cinco años después de su muerte, se exhumaron sus restos para colocarlos en una caja dorada y estofada, encargada á España por doña Jacobina Bracamonte, muy devota del padre. Y dice la crónica: « cavamos con toda veneración el lugar do yacía, y advertí que dos varas al contorno de la sepultura no se halló cosa viva, siendo aquella tierra, por ser húmeda y cá-

lida, muy problada de sabandijas. Dimos con la caja en que estaban las reliquias, sacámosla fuera y abrímosla y hallamos que la carne y hábito estaban envueltos en un licor como bálsamo, de color pardo, que se había embebido todo en la caja, sin haber rastro de polvo en ella, ni más hábito que un pedazo como un real de á ocho, y otro muy pequeño de cuerda. En la parte del vientre había á mi parecer y al de todos, como licor cuajado. Entré las manos y con ellas lo saqué. Pidióme el gobernador que lo quería oler. Llegó el rostro á mis manos y derramando muchas lágrimas se hincó y dijo á voces :

—¡Tal olor y de tal lugar sólo en un santo tan esclarecido se puede hallar!

Estas disquisiciones fueron interrumpidas por la visita del alcalde del crimen, don Miguel de Riglos.

El señor alcalde, funcionario muy culto y discreto, viene en queja con recado de cortesía, para que se allane y desafuere el colegio de la compañía, donde se asila el criminal Francés, acusado de haber descerrajado un pistoletazo al capitán don Salvador Pina. En el acto pensé en la cuarterona con cierta angustia. Ese pistoletazo respondía á intrigas de súcubos é íncubos y podría traer serias consecuencias.

Ofrecimos una limonada al señor alcalde, y nos sentamos en los escaños de la Iglesia, buscando el fresco del claustro.

La noche anterior don Pedro Cabrito estaba en su balcón, frente al Colegio, divirtiéndose con la luna muy clara. Y vió venir dos bultos. Uno de ellos, su amigo Pina, lo saludó diciéndole que venía á conversar un poco. Y mientras descendía á abrir la puerta, llegó un hombre embozado é inclinándose á Pina le dijo :

— Deme la fe de bautismo de Rita.

— ¿ Qué fe de bautismo? replicó Pina muy enojado : vaya su merced enhoramala...

Y el dicho Francés, sin esperar más, descerrajó un pistoletazo, refugiándose en la iglesia de la compañía.

Este Francés es persona de genio intrépido y ardiente. Esa mañana

llegó á una esquina de la plaza Chica, á que le vendieran pólvora y balas para matar gente ; y sobre la paga de media libra que le mandó pesar al pulpero, le dijo palabras ofensivas, y provocativas. Además insultó á los dragones que lo esperaban en la puerta del Sagrado.

El señor Riglos se queja del padre Monterroso y de su dialéctica. Fué recibido con toda atención, invitado á sentarse, á beber limonada ó mate, que no aceptó por la seriedad del momento. No se discuten los graves asuntos de la inmunidad eclesiástica en plena tertulia.

El padre Monterroso había tomado sus apuntes y recordó la bula *Ex quo Divina*, en la que Benedicto

XIII determina lo que debe observarse en materia de refugio. Para proceder *ad capturam*, es necesario que haya indicios de aquellos delitos calificados, que se exceptuaron del privilegio de inmunidad. El hecho que se imputa á Francés, no ha sido más que una defensa natural *cum moderamine inculpatæ tutelæ*, tirando á indemnizarse de un acontecimiento denigrativo á la honra de cualquier hombre blanco.

El padre rector está muy exaltado. Escribe que se practicará la extracción « con estrépito de soldados armados, que con ruido y tropelía militar ejecuten el buscar por todos los rincones de la casa á dicho refugiado, con el poco respeto que se

considera había de tener á lo sagrado de esta Iglesia ».

El asunto era grave. Monseñor agradeció su deferencia al alcalde, y le pidió que demorase su gestión oficial, mientras buscábamos una forma amistosa de arreglarlo todo, respetando las vanidades comprometidas.





Estos padres, y sobre todo los regulares, son muy susceptibles. Una misiva del padre rector había irritado al fiscal Agüero, especialmente este párrafo lleno de velada ironía y discretas reservas: « persuadiéndome que por lo moderno de esta bula no había podido el señor promotor tener presente su disposición ».

Nuestro fiscal pecaba por la vanidad literaria y no tenía el gusto de la sofisticación. En el acto se irguió

solemne, con un aire de concentrada energía, y nos invitó á recorrer algunos de sus informes archivados en mi despacho.

Monseñor era suave y complaciente ; el momento delicado. En la paz y silencio de los claustros suelen formarse, á media voz, tormentas graves, cuyos estallidos preveníamos con cautela, temerosos del escándalo y de la inquietud que traen esas cosas. Así accedió con aire de vivo interés, y el distinguido promotor asosegó su ánimo, tranquilizado por la actitud simpática de su señoría. Y después de leernos su requisitoria en el caso de Nicolás Legal, homicida, asilado en Santo Domingo, nos dijo :

— Aunque tan moderna, dicha bula no es tan nueva como su reverencia supone, y la he leído muchas veces á fin de observarla en todo y por todo.

Y el promotor, algo excitado, nos sorprendía con su erudición. Recordó á Matheusí, autor célebre, capítulo de las inmunidades ; las declaraciones de la congregación de cardenales en una casertana de 1664, y en otra napolitana, de 1654, sobre un hijo refugiado que á petición de su padre se mandó extraer para corregirlo ; y muchas análogas citas que trae Faltolliti en su trabajo famoso.

Mientras tanto yo pensaba en ese movimiento de erudición suscitado

por Rita. El padre Monterroso y el fiscal habían recorrido todos sus in-folios; y su rivalidad se exacerbaba á propósito de sus amores y de los celos de Francés el pulpero.

Más de una vez habíamos observado con su señoría el desarrollo de la vanidad entre los religiosos. Así, el culto de las virtudes humildes trae aparejado, como contradicción íntima, un orgullo enfermizo.

San Pedro el nuevo (1) era un santo muy instruído y gran dialéctico, pero á pesar de la filosofía, no toleraba las disputas. Cierto hereje elocuente é infatigable lo apuraba con

(1) *La Légende dorée.*

sus argumentos muy sutiles. Y entonces, desolado, entró á una iglesia, y rogó á Dios, con lágrimas verdaderas, que le ayudara en su polémica. Y después buscó al hereje y le hizo repetir sus razones. Pero el hereje se había vuelto mudo, tan mudo que no decía palabra. Esto produjo gran confusión en su partido, y los fieles dieron gracias á Dios, y el santo estaba muy contento. El promotor Agüero y el padre Monterroso habían implorado un milagro análogo en su delicado caso. La vanidad de la virtud, según cierto autor heterodoxo, es más exagerada que la del vicio, y lleva á extremos sorprendentes. Así, San Alejo era muy casto, el más casto de su tiempo. Y no obstante,

sus padres le dieron por esposa una bella joven. Su noche de bodas, cuando lo dejaron solo con su esposa en la cámara nupcial, se puso á instruirla en el temor de Dios, y á inspirarle el gusto de la virginidad, y después le entregó su anillo de oro y la cinta que le servía de cintura, y le dijo : guárdala todo el tiempo que Dios quiera, y que el Señor sea entre nosotros. Y al día siguiente se embarcó para Siria. Así, la pobre joven fué víctima del orgullo de San Alejo. Una virtud más modesta habría sido muy simpática y humana. El santo, después de cumplir los dulces deberes y formado una familia ejemplar, se hubiera ido al cielo prosaicamente, confundido

en el rebaño de los humildes; pero también es cierto que no lo recordaría la historia religiosa.

Estaba entretenido en estas malicias, ya apaciguado el fiscal, y seguro Monseñor de alguna solución tranquila, cuando se presentó el inquisidor del Río con aire de traer cosas serias. El claustro estaba tan fresco y agradable, que resolvimos sentarnos bajo del púlpito. Yo adiviné todo lo que tenía entre pecho y espalda el comisario. Rita resultaba complicada en el suceso como causa ocasional, cosa grave en teología; y resurgían todos los cuentos de demonios, íncubos y súcubos para complicar su situación.

Y el comisario comenzó su cuento. Rita era casada. Una vez se encontró en la esquina de la plaza Chica con Ramón el zapatero y le habló para que se casara con ella. Y como Ramón le observara su amancebamiento con Francés el pulpero, Rita, muy ladina, confesó su yerro, y le dijo con voz suave y arrullona :

— Yo me apartaré de él para que vivamos en gracia de Dios.

Y bajo de esta oferta, y algo enternecido por el arrullo de la voz, se casaron. Y recuerda el esposo, que al fandango de su matrimonio asistieron Lorenzo Negro, Francés el pulpero, don Pedro Cabrito y Pina. Como á los cuatro meses, vió algunas

malas demostraciones en Rita y entró en sospecha. Y un día hubo de sorprenderla con Francés el pulpero en el molino de Alquilazed. Y entonces Francés alquiló un cuarto cerca del molino, y se lo dió á un negro para que lo habitara. Y él dormía allí y se encerraba con Rita. Su esposo la amonestó, aconsejándola que se apartase de aquella mala vida ; pero nunca la pudo convencer. Y para continuar sus picardías, se mudaron de este cuarto á la quinta del naviero. Siempre ha vivido en amancebamiento, despreciando á su marido, que la adora por ese arrullo de la voz...

Yo conocía ese misterioso arrullo de contralto suave, afectuoso y dul-

ce, con su lánguida cadencia, su acento de amor y lujuria inagotables, y su olor de fresco hinojo. Y observé con una sonrisa íntima la cara enjuta de asceta, los labios finos y pálidos que hablaban de esos arrullos.

Un día, continuó el inquisidor, el dueño de Rita visitaba al amo de Ramón, y éste le dijo:

— Véndame vuesa merced esa negra Rita, mujer de mi negro, que la compraré para que vivan juntos.

— Ella anda huída, contestó el otro, no sé dónde está; y un mozo me habló para comprarla, quedando en contestar.

El mozo era Pina. Se encontraba con ella todas las tardes en las ba-

rrancas de la Recoleta franciscana, y al toque de ánimas la traía en ancas de su caballo.

El inquisidor terminó su relato comunicándonos que Rita estaba en la cárcel, procesada por adulterio y tratos demoníacos. Estos capítulos eran sumamente graves, sobre todo el segundo. Y aunque no podía tomar á lo serio el proceso de la cuarterona, temí un desenlace trágico si la comedia era manejada por manos inexpertas.

Y mientras el promotor Agüero discutía con Monseñor, le dije al comisario:

— ¿ Si fuéramos á visitar á Rita? Estos procesos son delicados y con-

viene prevenir escándalos posibles.

Y salimos en dirección á la cárcel, dejando á Su Señoría leyendo un infolio con el promotor Agüero.





En el camino y con toda prudencia, traté de preparar el ánimo del comisario. Estas cosas de demonios son difíciles y complicadas, le decía con aire de abandono y absoluta modestia y sinceridad, y le gustaba porque era vano. Y recordamos aquél asunto célebre en que intervino como principal exorcista el padre Bolaños. Y á pesar de su gran autoridad, fué necesario oir á hombres doctos, seculares y religiosos. Y unos dijeron que era delirio, y otros embuste : hay

mujeres tan maliciosas, según enseña la experiencia, que por motivos ocultos se fingen endemoniadas. Faltolliti cita muchos casos pasmosos. Observé con alegría que el comisario entraba en mis ideas. Me citó algunos finos análisis sobre demonios asistentes y poseedores, un matiz bastante obscuro y confuso. Los primeros son más sutiles y hâbiles. Á ratos dejan libres, en apariencia, á sus víctimas aunque perseveran en abrasarlas con incendios deshonestos y ocultos.

Y ya en un orden de confidencias amistosas, prolongamos el paseo hasta las barrancas del río, demorando intencionalmente la visita. La brisa era fresca y reconfortante, el

día declinaba en un ambiente de primavera. El inquisidor sufría los efectos de esa atmósfera corruptora, saturada de deseos de vida. Conveníamos en que bajo de un cielo semejante, y con este clima, era difícil que creciera un pueblo religioso y místico. El espíritu de ascetismo y de desprendimiento del mundo se esfuma en este medio brioso y lleno de sensaciones. Y cualquier idealismo moral ó doctrinario correrá iguales riesgos.

Algunas veces habíamos conversado con Monseñor sobre este tema. Éramos platonianos, y nuestra fe en las ideas nos hacía mirar con cierta indiferencia la fatal degeneración que sufren en la vida. En nuestro

mecanismo mental conservan su eterna y divina belleza. Con cerrar los ojos á este Universo de apariencias, nos quedamos á solas con la soberbia realidad ideal, azulada, plácida, llena de justicia y de bondad...

Y poco á poco volvimos á Rita, y el comisario me contó la historia de su prisión. Esa mañana, Rita lo buscó en su casa, y de entrada le dijo con aire dramático :

— Padre, yo estoy endemoniada, vengo por un remedio religioso. El simple repique de las campanas me atormenta el alma. Y cuando me hallo en la iglesia donde se administra comunión, siento mortales angustias y trasudores.

Y comenzó á llorar. No sólo sufría angustias morales, sino torturas físicas. Tenía un muslo muy malo, con agudísimos dolores, que no la dejaban reposar de noche ni de día. Y por más remedios que le habían hecho médicos y cirujanos, no hallaba el menor alivio.

— Por amor de Dios, le dijo con suplicante ternura, vea y toque vuestra merced, que el contacto de manos tan santas y consagradas me dará la salud.

No era necesaria mucha luz del cielo, para comprender que por ahí andaba el demonio tentando. Y el inquisidor se recogió interiormente á implorar la ayuda de San Bernardino, Santas Pelagia y María Egip-

ciaca. Y con toda mesura y calma le replicó:

— Pésame mucho que para esto se haya molestado. Yo no entiendo de achaques de cuerpo, sino de alma.

Y la despidió prometiendo recomendarla á Nuestro Señor en sus oraciones.

— Procure no ir al infierno, le dijo al despacharla, porque si ese dolorcillo le parece insufribe ¿qué será padecer una eternidad agudos é intolerables dolores y arder y más arder para siempre?

Más tarde se encontró con el padre Monterroso y supo el incidente de Pina y Francés el pulpero. Y por eso ordenó la prisión de la cuarterona.

Pero me parecía algo arrepentido, y escuchaba con gusto mis consejos sobre la oportunidad de exorcizarla antes de abrir un proceso en forma.

En esta plática llegamos á la cárcel. En el cuerpo de guardia se notaba cierta animación. Los oficiales parecían muy alegres, y el capitán nos recibió con aire risueño, en el que malicié alguna velada ironía. La cuarterona se paseaba por el patio, masticando hinojos y con su habitual despejo.

Al vernos se puso grave. El comisario, algo impresionado, la observaba con aire severo y de rigor. Y juntos entramos en el despacho del jefe.

— Rita, le dije, ocurren cosas muy graves. Tú eres un lindo natural, y tu alma es buena. Pero puedes perderla junto con el cuerpo ; y eso es terrible.

— Padre, me contestó con su voz tan suave, son cosas del demonio.

— Probaremos el exorcismo, dijo el comisario, y confíe en San Bernardino.

Estas palabras, y el tono del comisario, tranquilizaron á la cuarterona. En su rápida mirada adiviné un mundo de picardías. Le reproché que hubiera desoído mis consejos. Precisamente yo le había recomendado la devoción de San Bernardino, el rosario repetido, y un poco de disciplina con varas de mimbre, aplicadas

con buena fe, y mucha esperanza en el auxilio del santo.

É insistimos con el inquisidor en su preparación para la ceremonia.

— Sus rezos y ayunos, le dije, serán de gran poder en el combate que vamos á librar. Suplique á San Bernardino use de misericordia con su pobre alma, y mande al demonio que la deje en libertad.

Y para infundir le mayor confianza, le contamos algunos hechos del santo, muy sugerentes.

Así, narra el cronista que vivía en Aquitania una pobre mujer atormentada por un íncubo. Y la mujer buscó á San Bernardino, y llorando le contaba sus cuitas. Y éste le dijo : toma mi bastón y ponlo en tu cama,

y veremos si el enemigo se acerca. Y á la noche el íncubo vino, pero no podía allegarse á su víctima, y se fué muy enojado, profiriendo terribles amenazas. Otra vez, un demonio, oculto en una bella niña, se acostó en la cama del santo mientras dormía. Y éste, sin inmutarse, le cedió en silencio una parte del lecho, y volviéndole las espaldas se entregó á un sueño muy tranquilo. Y la joven, ya libre del demonio, se puso toda avergonzada. Y la cuarterona parecía muy serena y con grandes esperanzas de feliz suceso.

Y entonces nos contó cómo la habían vendido. Su dueño, al tiempo de irse fuera de la tierra, la llamó y en presencia de Pina le dijo :

— Rita, ése es tu amo, y el que dió la plata por vos, y el que mandó á Francés el pulpero que te comprase ; por lo que anda con él.

Y ella no sabía qué hacer, pues Francés el pulpero se decía su dueño, y otras veces la declaraba libre.

— Si me has libertado, le dijo un día, dame el papel.

Y Francés le dió un beso.

En otra ocasión le dijo :

— Temamos á Dios, tú eres casado y yo también. Apartémonos, anda á vivir con tu mujer y yo viviré con mi marido.

Y él le contestó con muchos besos.

Y así oía todas sus quejas y amonestaciones.

Los oficiales continuaban de buen

humor é interrumpían á menudo nuestra plática. Estos militares son muy irrespetuosos, á pesar de las cruces, escapularios y reliquias con que decoran sus uniformes y estandartes. El inquisidor, algo extrañado, pensó en trasladar á Rita al convento de las madres catalinas, donde la prepararían cristianamente para la mayor eficacia del exorcismo.

— ¿ Y no teme vuestra merced el contagio de los íncubos? le pregunté muy alarmado y sorprendido.

— Consultaremos el caso con su señoría, y con la madre priora, me contestó prudentemente.

Se había dado cuenta de lo arriesgado del caso. La presencia de Rita en ese apacible y virtuoso claustro

comprometía nuestra responsabilidad moral; aun suponiendo que no hubieran más incubos que Pina y Francés el pulpero.





La hermana portera, sor Isabel de Jesús, conoce á Rita, que suele hacer sus devociones en la iglesia del convento, en el altar de Santa Brígida. Y murmura con toda modestia, alzando las manos y moviendo la cabeza, su impresión de antipatía y de mucha desconfianza. Le disgusta la vivacidad de los ojos, de un brillo y luz sospechosos.

— Una mujer bien comida y mantenida ¿ qué oración puede tener?

decía la hermana, con tono escéptico y desdeñoso.

Habían escudriñado, de ociosas, la vida privada de la cuarterona. Á escondidas de sus amos, comía regalada y abundantemente pescado cocido y frito, huevos con salsa criolla, orejones, torta con azúcar rubia, muchas otras golosinas, y vino dulce de San Juan. Durante la cuaresma y semana santa dormía como comía, y dedicaba al sueño el tiempo que aparentaba consagrar á los rezos y devociones ; por la mañana, por la tarde, á todas horas.

— Será devota de los « Siete Durmientes », observé con aire ingenuo.

Y quedé preocupado con las tor-

tas, orejones y el vino dulce de San Juan. Se los había regalado yo una tarde tibia de octubre. En cuanto al pescado con salsa criolla, fué un pejerrey que trajo ella del río, y lo cocinó Francés el pulpero.

Y mirando á la monja, le dije:

— Hermana, á usted le disgusta la juventud, la vida y la alegría de Rita. Le parece obra del diablo todo lo que no es trágico y triste como el claustro.

La hermana jamás sonríe. Tengo una superstición respecto de los seres austeros y graves, comprobada por las vidas de los santos ilustres. Uno de los atributos divinos del hombre, según San Francisco, es la bondad risueña, la cualidad que más nos

acerca á Dios. Hay en mi iglesia un Dios Padre de larga barba, cejas pobladas y obscuras, de aspecto majestuoso y decorativo, pero de una psicología inocentona é ingenua. Es mi imagen preferida. Ese santo desencadenó, sin fijarse, todas las fuerzas físicas y morales que constituyen el Universo, y que van haciendo estragos en una lucha cruel. Fué trágico y sublime ese minuto que marcó el primer instante del Tiempo que no acabará más... Y arrepentido de su obra, en un acceso de desesperada abnegación, se encarnó en Jesús para sufrir y morir como sus criaturas, mostrándoles la sublime esencia del dolor que regenera. De ahí toda mi filosofía, mi indulgencia, mi univer-

sal simpatía, mi respeto por los sentimientos risueños que suavizan la vida, y moderan la tragedia. En ciertos momentos pienso, con un autor de campanillas, que la esencia de este mundo creado en un momento de divina ligereza, es la ironía. Y como todas las cosas están impregnadas de la deliciosa substancia, comprenderla equivale á penetrar el íntimo secreto del Universo.

Pensaba estas cosas ligeras sentado en un cómodo sillón de cuero de Córdoba, los ojos entrecerrados, en una celda obscura, mientras venía la superiora. Esta metafísica es más amable y clara que la de los padres lectores nominalistas. Pero si el pa-

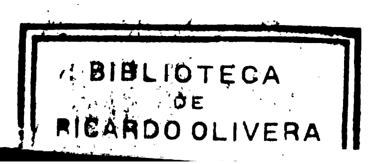
dre la oyera, me llevaba derecho á la horca, con gran pena de Monseñor, y ¡ tal vez Rita derramara una lágrima sentida, y se apagara la vivacidad de sus ojos tan bellos !

La madre superiora, sor María de la Cruz, teme el contagio de los íncubos. El padre del Río respeta sus escrúpulos, pero Monseñor y yo hacíamos reservas mentales. No obstante se habían visto casos, y convenían en que la conducta de la madre era prudente.

Insistí ayudándome de ejemplos de los santos. En ninguna parte se libraría la batalla contra el demonio en mejores condiciones. Y las madres debían sacrificarse, para libertar á

un alma llena de gracia de las garras diabólicas.

La madre superiora estaba más al corriente que nosotros de la vida de Rita. Sabía sus comidas pecaminosas en cuaresma : sus siestas en hamacas de suave columpio, bajo las ramas de la ribera y á medio vestir. En su cuarto andaba desnuda, de una parte á otra, como Eva en el paraíso después del pecado amable. Le ocurría ir al baño acompañada de alguna conocida suya que entraba al agua modestamente cubierta, como lo pide el mujeril recato, — y ella hacía gala de su desnudez. Y advertida ó reprendida de los cuerdos que la espiaban, les decía : que ellos tenían la culpa en aso-



marse á verla, que se fueran enhoramala.

La madre no estaba lejos de creer que Rita fuera bruja. Le observé que las brujas eran feas y Rita joven y hermosa. Pero la madre insistía, citando casos de encarnación del demonio en mujeres preciosas.

Y recordamos la historia de Santa Eugenia y sus compañeros. Una vez oyeron este canto de los cristianos: todos los Dioses son ídolos, un solo Dios creó el cielo y la tierra. Y lo entonaban con tal unción y sinceridad que parecía sublime y divino. Y Eugenia dijo á sus santos amigos Proteo y Jacinto: hemos profundizado todos los silogismos de los filósofos y las categorías de Aristóteles,

y las ideas de Platón, y los preceptos de Sócrates. Pero la frase que cantan los cristianos destruye todo lo que han dicho los poetas, los oradores y filósofos. Y revistiendo traje de hombre, entró á un convento que dirigía un santo llamado Heleno. Este abate fué uno que, irritado por la pertinacia de un herético, que no se dejaba convencer, hizo encender una hoguera, é invitó á su adversario â solucionar su disputa por la prueba del fuego.

Una mujer rica y noble de Alejandría había sido curada por la Santa de la fiebre cuarta. Y se enamoró del supuesto fraile. Y fingiéndose enferma, le rogó que la visitara. Y cuando vino le reveló todos sus de-

seos, y suplicándole que se uniera á ella, la abrazaba cubriéndola de besos. Y santa Eugenia le dijo indignada : tú eres la hija del príncipe de las tinieblas, y en ese instante descendió una llama del cielo y consumió á la impúdica (1).

Agotadas las instancias, hablamos de otros asuntos. Este convento es pobre y muy severo. Sor María de la Cruz es una superiora enérgica y de gran voluntad. Por cuidar la disciplina no admite pupilas educandas. Monseñor le recordó la instrucción 29 de su santidad Benedicto XIV, que aprueba la antigua práctica de admitir niñas educandas en los

(1) *La Légende dorée.*

conventos, y personas piadosas necesitadas de austeros ejercicios ! Cuántas vocaciones no ha determinado la transitoria permanencia en el claustro.

De regreso comentábamos este curioso caso de Rita. El inquisidor se extendió en discretas consideraciones sobre la actuación del demonio en estos parajes. En cierto trance de exorcismo había conocido á Moncarrón, diablo negro de horrible figura, como de dieciséis años, hocico de fiero jabalí, ojos centelleantes, pies y manos de zambo, y mirada airada y endurecida. En el parecer del padre Lucas ese Moncarrón es ángel de las supremas jerar-

quías, y caudillo de cuatro legiones que suman veinte y seis mil demonios. Observé con prudencia que me parecía exagerada la afirmación del padre Lucas, y que eran demasiados demonios.

Ese diablo, continuó el inquisidor, es presidente de la junta de contradicción que hacen los demonios á todos los sacramentos, y en particular de la confesión y comunión, y cuando no los pueden estorbar, trabajan en que lleguen mal dispuestas, sin verdadero dolor ni propósito de enmienda.

Alguna vez habíamos conversado con Monseñor sobre este tópico tan interesante. Yo observaba que cada misionero tiene un diablo suyo, ori-

ginal, de acuerdo con su temperamento y su inteligencia. Así el padre Lucas tiene su negrito monstruoso, el padre Montoya á Cozorizo, más amable y simpático, «estrellero, picado de valiente y asomado á temerario, camarada de gente de la hoja, inquieta, bulliciosa y holgazana, que nunca mira al cielo, ni se acuerda que ha de morir»; el padre Bolaños á Lucifer, figura algo vaga y cuyos rasgos no se precisan; — y en todos los regulares de la ciudad, el Mandinga, duende travieso y cruel, lleno de mañas y perfidias, terror de los niños, — oculto en el fuego del hogar, de donde sale con sus ojos centelleantes, entre el humo y las chispas de leña. Mitología inferior creada

por africanos, indios, mestizos y europeos, y animada á veces por las viejas tradiciones arias. Monseñor convenía en la exactitud de mi observación. Y en mucha intimidad me arriesgaba á decirle, que cada uno creaba su dios, sus santos y su culto á su medida, con arreglo á su temperamento y circunstancias. Así, Dios y el diablo son la obra del alma humana, elaborada en el terror de la muerte, sugerida por los angustiosos misterios de la eternidad futura, y las dramáticas incoherencias de la vida y de los destinos.

— Raimundo, me decía Monseñor, tú acabarás ea los calabozos de Lima ó en el destierro.

Y yo me sonreía, — en el fondo

de mi conciencia hay un gran optimismo respecto de los hombres y de las cosas. Es mi esencia moral, y á pesar de todo, moriré bendiciendo al mundo, buscando en mi último suspiro la fusión de mi alma en la vida universal.





Estas beatas de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario son deliciosas. Consintieron en hospedar á Rita, mientras se cumplían las complicadas ceremonias del exorcismo.

El comisario del Río vacilaba mucho en clasificar el íncubo de la cuarterona. Sus conocimientos, en esta difícil ciencia de los demonios, no eran muy extensos, y los míos bastante superficiales. Así, resolvimos consultar al padre Monterroso, el ilustrado rector de los jesuítas.

El rector era metódico, como viejo maestro, y nos dió la lección por partes. Primero nos expuso la naturaleza de lós íncubos : son materiales como los hombres, pero de substancia más delicada. Se alimentan con esos efluvios vaporosos y espirituales, que manan en corpúsculos volátiles de todo lo que en la naturaleza abunda : vino, flores, frutas, aromas...

—¡ Toda una literatura! —pensé.

Guasius y Faltolliti, autores muy celebrados, los dividen en varias clases : ígneos, aéreos, flemáticos, terrestres, subterráneos y enemigos de la luz. Uno de estos últimos molestaba á la cuarterona. El rector no admitía que fuera flemático, aéreo y mucho menos ígneo.

Uno de los remedios más eficaces, probado en varias ocasiones, es la fumigación de vapor. Nos mostró las marmitas adecuadas, nuevas, de tierra transparente. Malthusius recomienda esta receta:

Una onza de caña aromática,

Pimienta,

Polvo de cubeba,

Nuez moscada,

Benjuí,

Aloes,

Tres libras de aguardiente.

Se pone la marmita sobre cenizas calientes para que suba el vapor, y se cierra la habitación.

Terminados los preparativos, fuimos en busca de la cuarterona. Esta-

ba un poco inquieta, pero risueña, con sus ojos llenos de luces, y esa voz de contralto que arrullaba en el confesonario.

Comenzamos el interrogatorio como lo aconsejan los mejores autores.

—¿ Concluiste pacto con el demonio? ¿ te garantió honores, riquezas y placeres ?

Rita nos miraba con sorpresa.

Evidentemente no concebía los honores y riquezas, y respecto de placeres, aparte de los causantes de este proceso, sólo pensaría en algún fandango, ó en las tortas de azúcar rubia y el vino dulce de San Juan.

—¿ Abjuraste la fe católica y la protección de la muy bienaventurada Virgen María?

Protestó que no era cierto. Se confesaba todos los sábados, y llevàba un escapulario de las Mercedes, regalo mío.

— ¿ Arrojaste la corona ó el rosario, el cordón de San Francisco, ó la correa de San Agustín, ó el escapulario de las Carmelitas?

Por toda respuesta nos enseñó el escapulario que asomaba de su seno, entre violetas é hinojos, y tenía bien ceñido al cuerpo el cordón de San Francisco.

— ¿ Juraste vasallaje al diablo poniendo los dedos sobre un libro muy negro?

— ¿ Te marcó el diablo en los senos con una figura de liebre, sapo ó araña?

Nuestra penitenta se turbó con cierta malicia. Pina y Francés el pulpero habían marcado sus senos, pero dejando huellas fugaces.

Y el inquisidor del Río se irguió solemne, y dirigiéndose al demonio, al través de Rita, dijo con emoción :

— Con la potestad que tengo como sacerdote de Dios, te mando que me confieses aquí la verdad, tú que eres padre de la mentira, y me digas si estás, como yo creo, en el cuerpo de la doncella y por qué causa entraste.

La cuarterona permanecía silenciosa, impresionada por los gestos del inquisidor, y la rociaba con agua bendita, presentándole la cruz.

Por consejo de una hermana ter-

cera de San Francisco se le puso una estola en el cuello y otras en el cuerpo y en los pies. Y en ese momento, en que el inquisidor se inclinaba, una beata inspirada dijo con viveza:

— ¿Será decencia que los sacerdotes vean y toquen los pies?

Á esa beata la movía el diablo. El comisario se detuvo con la estola en la mano, y reflexionó unos instantes murmurando rezos. El humo perfumado de la marmita subía en nubes livianas, llenas de sol, y envolvía el cuerpo voluptuoso de Rita en un ambiente de ternura y de lascivia. Con los ojos entornados, reclinada en una silla de brazos, respiraba esos vapores cargados de perfumes, delicado manjar de íncubos, y se aban-

donaba á los exorcismos en un estado de sopor agradable. En su humilde cuadro imaginativo sonreía Francés el pulpero ó Pina... y tal vez oyera la palabra interior, murmurada por las ventanillas del confesonario en la media luz del claustro, — tímida y temblorosa en el instante fugitivo que rozaba el precipicio...

Y el comisario dijo, mirando á la beata, pero como si hablase con otra persona :

— Huélgome de verte tan modesto y celoso de la castidad, tú que eres el supremo fautor de la lascivia.

Y el inquisidor le puso las estolas en el cuello, en la cintura y en los pies. Y el rostro de la cuarterona re-

cobró su color sonrosado, hermoso y agradable. Quedó como arrobada, sin moverse, mientras se extinguían lentamente los vapores de la marmita.

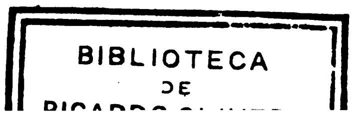
Algunas beatas lloraban de alegría, otras daban gracias á Dios, y tocaban el rostro y las manos de Rita, admirando ese sueño tranquilo y suave. Nosotros, arrodillados, rezábamos, pero distintas plegarias. La mía era humana, dolorosa, llena de angustias, algo dramática. Me hincaba de verdad ante ese ídolo de carne y gracia, que había dado interés á mi vida en esta ciudad indiana.

Abrimos las puertas y el aire fresco se llevó todos los vapores perfumados. Y la cuarterona se incorporó

serena y risueña. Los ojos volvieron á llenarse de vivacidades, y de luces que ahora eran divinas. Y todos la felicitaban con entusiasmo.

Y el comisario le leyó esta abjuración de errores:

« Digo yo, Rita, sierva y esclava de mi Señor Jesucristo, que si por algún caso, con libertad ó sin ella, instigada ó engañada del demonio, le hubiere hecho entrega de mi voluntad, condicional ó absoluta ó de cualquier manera que haya sido, digo que por la presente cédula, de todo mi corazón y con plena voluntad y deliberación me desdigo y anulo, y doy por ninguno el dicho pacto y cualesquiera palabras que yo haya dado ú ofertas que haya hecho al

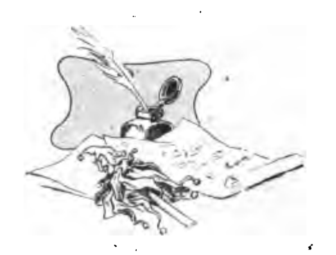


demonio, porque como hija legítima que soy de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, creo firmemente todo lo que ella me enseña y me manda creer, y conozco á solo mi Dios y Señor por criador de todo el universo, á quien infinitamente me pena de haber ofendido sólo por ser Él quien es, y porque le amo sobre todas las cosas. Y pongo por testigos á los santos mi abogados, particularmente á la sacratísima Virgen María. Y firmo para que sea notoria mi voluntad á todos los demonios, particularmente á Cozorizo, mi mortal enemigo, y á todos sus compañeros. Á todos los cuales maldigo y aparto de mí, entregándome de todo corazón á mi Señor Jesucristo, que con su

sangre me redimió y por lo cual espero ser sana y salva »..

Rita puso una rúbrica porque no sabía escribir, y pidió que firmara su confesor junto con ella, para dar más solemnidad á la cédula.

¡ Y yo escribí mi nombre con toda seriedad !





APÉNDICE



APÉNDICE

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO DE RAIMUNDO... CURA DE SAN NICOLÁS, AÑO 170...

Muy señor mío, mi amado dueño y estimado amigo:

Después de saludar á vuestra merced con lo más intimo de mi afecto, pongo en su noticia haber llegado á la mía las nuevas faltas que, llevado de un desbaratado procedimiento, ha cometido Don Raimundo. sin que le haya infundido el más leve temor la corrección y apercibimientos anteriores,

Y no teniendo esperanza de enmienda, siendo tan ejecutivos los motivos que da para lanzarlo de esta ciudad y de todo este obispado, será conveniente que ponga vuestra merced toda eficacia en que se embarque para Cádiz en el primer navío.

Agüero,
Promotor fiscal.

DECRETO

Pase á vivir y morar en el convento de la Santa Recolección de San Francisco de esta ciudad, en donde guarde clausura de día y de noche, sin salir de él á cosa alguna, ni en ningún caso, sino es con la Comunidad á los divertimientos religiosos que ésta tuviese, — portándose en el dicho convento con la decencia, honra, buen porte y ejemplo que corresponde á su estado sacerdotal, sin dar lugar á menor cosa, ni queja de los Religiosos, ni del

Prelado con quien compondrá su religión y estado, que ha de ser hasta tanto se apronte para su torna-vuelta el navío *Santa Bárbara.* Y por este juzgado se le manda salir para que por este medio este Tribunal se vea libre de las continuadas quejas que contra su persona se están dando, y por su parte dé al público satisfacción de los defectos morales con que está imputado. Con apercibimiento de que, de no guardar el recogimiento ó clausura dispuesta, se le mandará á cualquiera de los navíos que se hallan en el surgidero de este puerto.

El Deán y Gobernador

F. del Río.

Señor Deán y Gobernodar :

Participo á usted que, cumpliendo sus determinaciones, me retiré á este convento de la Recoleta tres días ha, procurando acomodar mis cosas con la mayor acele-

ración que me fué posible. Y estoy sumamente gustoso.

Por este medio, confío en Dios se declaren y averigüen los cargos con fundamento. Suplico á vuestra merced no olvide mi dependencia y que se me dé el complemento de mis diarios, por estar debiendo cierta plata á personas sumamente necesitadas, y que les debo favor de haberme socorrido; como también estar yo sin un medio para mis menesteres.

D. G. á V. S.

Desde la Recoleta, septiembre de 170...

B. L. M. de V. S.

Su más rendido capellán.

Raimundo...

Nos el guardián y padres discretos de este convento de Nuestra Señora del Pilar, Recolección de Nuestro Santo Padre San Francisco de esta ciudad y Puerto de

Buenos Aires, damos fe y testimonio como don Raimundo... presbítero, ha vivido y habitado dentro de la clausura de este convento por espacio de tres meses poco más ó menos, y lo hemos tratado y comunicado con bastante estrechez en dicho tiempo ; y no hemos notado ni descubierto vicio alguno que sea notable al altísimo estado que profesa; antes bien hemos hallado ser parco y templado, no sólo en las bebidas sino también en toda especie de viandas, por cuyo motivo y haber asistido voluntariamente á diferentes actos de la comunidad regulares y literarios, replicando y arguyendo á los lectores de dicha Santa Recolección Franciscana, tanto en materias teológicas, como morales y filosóficas, hemos quedado no sólo edificados de su buen proceder, sino maravillados de su buena capacidad y literatura. Y para que este escrito y testimonio pueda constar en juicio y fuera de él, lo firmamos de nuestro nombre y sella-

mos con el sello de dicho convento en Buenos Aires.

Aquí concluye el manuscrito de las Memorias. En los documentos hay varias notas marginales de difícil lectura. La nave *Santa Bárbara* debió salir á los pocos días. Monseñor se despidió de su secretario, algo conmovido. Á pesar de su disimulo, se conocía que envidiaba ese destierro.

Es posible que la cuarterona, Pina y Francés el pulpero, asistieran al embarque. La última nota dice : instalado á bordo abro mi Biblia y mientras nos alejamos de la ciudad, leo : « todas las cosas tienen su tiempo y todas devienen, bajo el cielo... ».

Agosto de 1906.



ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1907
EN CASA DE
A. DONNAMETTE
PARIS

